

**Manuel Hernández Iglesias,
AYER SOBRE WITGENSTEIN: Ayer, A. J., Wittgenstein, Barcelona, ed. Crítica, 1986.**

La aparición del libro de A. J. Ayer, **Wittgenstein**, en castellano tiene un interés indudable para los aficionados y profesionales de la filosofía. Se trata de un libro importante por dos razones. La primera, obvia, es que Wittgenstein es una de las principales figuras del pensamiento contemporáneo y, por tanto, toda nueva monografía dedicada a su obra no puede por menos de ser bien recibida. La segunda razón es que su autor, Alfred Julius Ayer, es uno de los más destacados representantes del positivismo lógico, hasta el punto de que su obra **Lenguaje, verdad y lógica**¹, como él mismo señala, *ha pervivido como un libro de texto del «positivismo lógico»* (pág. 164). Dada la influencia que Wittgenstein ejerció sobre los neopositivistas, junto con el hecho de que Ayer lo conociera personalmente, nos encontramos ante una monografía escrita por un observador privilegiado.

El libro de Ayer se añade a la numerosa bibliografía existente acerca de las filosofías de Wittgenstein. El propio Ayer cita dos monografías, la de Pears² y la de Kenny³, calificándolas de *muy buenos intentos de proporcionar una exposición general de su filosofía* (pág. 11). Considera, no obstante, que ambas obras resultan excesivamente duras para el lector no iniciado. El reto que se propone Ayer es, pues,

el de ofrecer una introducción al pensamiento wittgensteiniano que no presuponga una formación filosófica previa considerable sin, por supuesto, caer en la trivialización.

Pero el objetivo de este libro no es meramente divulgativo. El autor se conforma rara vez con exponer las tesis de Wittgenstein sobre los más diversos temas a lo largo de las diferentes etapas de su evolución intelectual, sino que toma partido sobre ellas de manera casi sistemática. Esto hace que esta obra no sea sólo una monografía historiográfica, sino también, y en la misma medida, un ensayo filosófico. Logra con ello su autor que su introducción al pensamiento del filósofo vienes ofrezca, como se proponía (pág. 11), interés tanto a los *no iniciados* como a los filósofos profesionales.

* * *

El libro consta de diez capítulos complementados con una lista de las obras publicadas de Wittgenstein y un índice alfabético. Se echa de menos una bibliografía, aunque fuera sumaria, que pudiera valer de guía a quienes desearan profundizar en el estudio del autor del **Tractatus**.

El primer capítulo es de carácter biográfico y se basa en los testimonios de Broad, Moore, Russell y, sobre todo, Malcolm y von Wright, avalados por las impresiones del propio autor, no excesivamente caritativas, especialmente en lo que se refiere a la actitud de Wittgenstein hacia sus discípulos, que siempre ha provocado a Ayer una viva indignación.

El capítulo 2, dedicado al **Tractatus Logico-Philosophicus**, es el más logrado de todos ellos. En él resume de modo claro y riguroso las tesis fundamentales de la filosofía del *primer Wittgenstein* para pasar a discutir y criticar algunos de los problemas más difíciles pero al mismo tiempo cruciales planteados por ésta: su teoría de la probabilidad, la interpretación del condicional y, sobre todo, el solipsismo y la naturaleza de los objetos simples y las proposiciones elementales. Es sabido que el **Tractatus** influyó notablemente en los filósofos del Círculo de Viena y en los que, como es el caso de Ayer, defendían puntos de vista similares. No es menos cierto, sin embargo, que éstos han sido acusados, no sin fundamento, de haber malinterpretado el sentido de esta obra. Ayer, en el capítulo que le dedica, no sólo no persevera en ella, sino que confiesa abiertamente su responsabilidad en esta mala interpretación, eludiendo toda tentación de capitalizar a Wittgenstein desde perspectivas positivistas o cercanas al positivismo.

El tercer capítulo y el cuarto son un estudio de los escritos de Wittgenstein pertenecientes al período de transición entre la filosofía del **Tractatus** y la de las **Investigaciones filosóficas**. Ayer comenta en ellos las observaciones de Wittgenstein acerca de temas tan diversos como el verificacionismo, el fenomenismo, la filosofía de la psicología, la relación entre lo fisiológico y lo mental, el solipsismo y la crítica de los significados como entidades y de la postulación de supuestos actos mentales que acompañan los actos verbales.

El quinto capítulo está dedicado a la filosofía de la matemática de Wittgenstein: su rechazo del logicismo, su actitud constructivista y su *desprecio* por la trascendencia de las paradojas semánticas y de las demostraciones de incompletud e inconsistencia de los sistemas.

El capítulo sexto es un análisis de la obra más importante del segundo Wittgenstein: las **Investigaciones filosóficas**. Tras un muy breve resumen de sus ideas fundamentales, ya apuntadas en los escritos del período de transición, Ayer concentra su atención en la crítica wittgensteiniana de los lenguajes privados. Expone y critica los dos argumentos básicos contra los lenguajes privados. El primero de ellos, que Kripke considera el principal, es la problematicidad de la noción de acatamiento de una regla. El segundo, que Ayer representa como el más importante, es la inexistencia de criterios de corrección para la aplicación de expresiones que designen sensaciones.

Es un mérito del libro de Ayer el que dedique dos capítulos a aspectos frecuentemente marginados en las introducciones al pensamiento de Wittgenstein: su filosofía de la religión (cap. 7) y su filosofía de la psicología (cap. 8). En el primero comenta y rechaza la tesis de Wittgenstein, contenida en sus comentarios a **La rama dorada** de Frazer, según la cual los ritos mágicos y religiosos no tienen su raíz, como afirmaba Frazer, en creencias erróneas. Ayer intenta rebatir las opiniones de Wittgenstein, defendiendo, de una manera un tanto superficial, la idea de que la magia no es sino una técnica rudimentaria.

En el capítulo 8 analiza Ayer las observaciones del filósofo vienés acerca de la psicología contenidas en *Zettel* y en *Remarks on the Philosophy of Psychology*, deteniéndose en la caracterización wittgensteiniana de los verbos psicológicos y el rechazo de la teoría de la identidad psicológica, punto éste que es uno de los pocos en los que las ideas de Ayer y las del Wittgenstein maduro coinciden.

Una cuestión que guarda una relación estrecha con la posibilidad de los lenguajes privados es la del conocimiento de las experiencias propias. Según Wittgenstein carece de sentido hablar, como hacía Ryle, de que tenemos un acceso privilegiado a nuestras propias sensaciones. Más aún, expresiones como *yo sé...* carecen de sentido en los contextos en los que son habitualmente utilizados por los filósofos (especialmente, los filósofos defensores del sentido común). Este es el tema central de los escritos de Wittgenstein incluidos en el volumen titulado *Sobre la certeza* que es, a juicio de Ayer, *el más lúcido de todos los escritos de Wittgenstein* y al que está dedicado el capítulo 9.

El libro se cierra con un capítulo dedicado a la influencia de Wittgenstein que, dado su contenido, quizá debiera haberse titulado *La no influencia de Wittgenstein*. En efecto, el tono general de este capítulo final es abiertamente desmitificador. Wittgenstein ha sido presentado como el inspirador fundamental de la filosofía analítica británica, pero según Ayer esta influencia es mucho más limitada de lo que se ha pretendido. Existe una deuda para con Wittgenstein de

Wisdom, pero menor de la que éste declara. Ryle sólo sufrió *cierta influencia subconsciente* (pág. 166) y entre Austin y Wittgenstein media una diferencia sustantiva de enfoque.

De las tesis del segundo Wittgenstein que han tenido influencia en la filosofía posterior, Ayer destaca su crítica de la teoría figurativa del lenguaje (que, en realidad, nadie salvo el propio Wittgenstein había sostenido nunca), su rechazo del atomismo lógico (aunque no es fácil saber lo que esto significa, puesto que Ayer cita como posible ejemplo de superviviente del atomismo nada menos que a Quine), el abandono del fenomenismo, debido fundamentalmente a Ryle y Austin, aunque *a Wittgenstein también le toca algo* (pág. 176) y, sobre todo, la subordinación de la teoría del conocimiento a la teoría del significado. Sin embargo, incluso en este punto la influencia de Wittgenstein queda en entredicho: a Russell, Moore, los positivistas lógicos y los primeros filósofos analíticos *no les interesaba el significado por sí mismo* (pág. 177) y los filósofos que hoy día se interesan por la teoría del significado parecen deber muy poco a Wittgenstein.

En cuanto a los discípulos directos de Wittgenstein, la filosofía de Von Wright es *muy lejana a la de Wittgenstein* (pág. 178) y, del resto, Elisabeth Anscombe fue la *única en hacer una contribución original a la filosofía, partiendo de las enseñanzas de Wittgenstein* (pág. 178), incapacitados los demás para ello como consecuencia de la actitud tiránica e intimidatoria de su maestro.

Sólo las concesiones de Wittgenstein al *irrealismo* parecen estar en la vanguardia de la *moda contemporánea* según Ayer, que cita como ejemplo más representativo el libro de Nelson Goodman **Ways of Worldmaking**.

Ayer concede al **Tractatus** mayor influencia que la que atribuye a la obra posterior de su autor, destacando la que ejerció en Russell, Ramsey y los positivistas lógicos y reconociendo que tuvo sobre él mismo *un efecto inmediato y arrollador* (pág. 163). Las tesis del primer Wittgenstein que más influencia tuvieron en el pensamiento de estos autores fueron el atomismo lógico, la teoría de la analiticidad de las verdades lógicas y la crítica de las proposiciones (o, más bien, las pseudoproposiciones) metafísicas.

En conclusión, el balance que hace Ayer de la deuda de la filosofía contemporánea para con Wittgenstein resulta un tanto tendencioso, al reducir ésta casi exclusivamente a aquellas doctrinas wittgensteinianas que fueron en su momento (y son aún hoy) admitidas por el propio autor del balance.

* * *

Con este libro, Ayer consigue sólo parcialmente sus objetivos. La filosofía del primer Wittgenstein está expuesta de una manera clara, sintética y rigurosa. No ocurre, sin embargo, lo mismo con el pensamiento posterior del filósofo vienés.

El autor hace un esfuerzo notable por hacer justicia a toda la obra wittgensteiniana. Evita para

ello la tentación de presentar como un sistema cerrado lo que no es sino un pensamiento en constante evolución. Presta la debida atención a todas las etapas de su producción filosófica, incluyendo las obras *menores*. Finalmente aborda un abanico muy amplio de temas, incluidos aquellos menos estudiados en los estudios globales sobre Wittgenstein o más alejados de sus propios intereses, como su filosofía de la religión. En ello radica en buena parte el mérito del **Wittgenstein** de Ayer.

La cruz de tan honesto y ambicioso proyecto es que el pensamiento de Wittgenstein posterior al **Tractatus** queda excesivamente desdibujado. Los escritos de Wittgenstein son, como Ayer señala con frecuencia, de difícil lectura debido al carácter oscuro y en ocasiones casi oracular de sus observaciones y por no seguir éstas una secuencia lineal. Ayer es, ciertamente, más claro que Wittgenstein, pero no puede desgraciadamente decirse que sea más ordenado. La división del libro en capítulos sigue un criterio histórico, no sistemático. Esto convierte a muchos de ellos en una amalgama de comentarios sobre temas en ocasiones muy dispares entre los cuales sólo el lector familiarizado con el pensamiento del autor estudiado y con la filosofía analítica puede ser capaz de establecer una relación interesante. Pero la necesaria brevedad que las dimensiones del libro imponen a dichos comentarios hace que éstos rara vez puedan alcanzar la profundidad suficiente para interesar a este tipo de lectores, a excepción quizá de la discusión de la crítica de Wittgenstein a los lenguajes privados.

El afán de no traicionar el carácter dinámico del pensamiento de Wittgenstein, junto con el celo por no desatender ninguno de los temas a los que éste dedicó una atención significativa hacían necesaria la existencia de un hilo conductor, puesto para el cual la filosofía del lenguaje y, más concretamente, la teoría del significado, es el candidato más razonable. El libro de Ayer carece de un hilo conductor y el resultado es que su autor da la impresión de haberse contagiado de la asistematicidad que él mismo critica en los escritos del pensador que ha tomado como objeto de estudio. Esto, como no podía ser menos, merma severamente la utilidad del libro como manual introductorio.

Pero el **Wittgenstein** de Ayer no pretende ser sólo, como ya he señalado, un libro divulgativo. Ayer toma partido y discute la mayor parte de los argumentos de Wittgenstein, lo que hace que su libro ofrezca interés para el filósofo profesional. Es notable, en este aspecto, la claridad y la lucidez con las que Ayer *pone en su sitio* las relaciones entre el positivismo lógico y la obra juvenil de Wittgenstein. Y no deja de ser en principio prometedor el enfrentamiento entre Ayer y el Wittgenstein posterior al **Trac-**

tatus, dado que ambos son dos de los representantes más significativos de las dos grandes corrientes que suelen catalogarse bajo el rótulo de la *concepción analítica de la filosofía*. En este segundo aspecto el libro que comentamos no llega a satisfacer las expectativas que razonablemente despierta. La razón es una vez más su asistematicidad y el precio que se paga es el de del bizantinismo de la mayoría de las discusiones, bizantinismo que se ve agravado por la obsesión refutadora que en ocasiones hace que el esfuerzo crítico prevalezca sobre el interpretativo. La impresión que se saca de ello es la de que estamos ante un libro contra Wittgenstein, más que sobre Wittgenstein, aunque éste sea sin duda merecedor de muchos de los reproches que le hacer Ayer y el tono desmificador sea uno de los rasgos más atractivos de su monografía.

¹ Ayer, A. J.: **Language, Truth and Logic**, Londres, Gollanz, 1936; 2.^a ed. 1946; trad. castellana de M. Suárez, **Lenguaje, verdad y lógica**, Barcelona, Martínez Roca, 1971.

² Pears, D.: **Wittgenstein**, Londres, Fontana/Collins, 1971; trad. castellana de J. Plannells, **Wittgenstein**, Barcelona, Grijalbo, 1973.

³ Kenny, A.: **Wittgenstein**, Hardmondsworth, Penguin, 1972; trad. castellana de A. Deaño, **Wittgenstein**, Madrid, Alianza Editorial, 1982.